



CONCEPTOS
Y FENÓMENOS
FUNDAMENTALES
DE NUESTRO
TIEMPO

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

EL CONCEPTO DE PARTIDO POLÍTICO:
UNA DISPUTA HISTÓRICA
MASSIMO MODONESI

Diciembre 2008

EL CONCEPTO DE PARTIDO POLÍTICO: UNA DISPUTA HISTÓRICA

Por Massimo Modonesi¹

Siendo que toda idea de partido político corresponde a una concepción de la política y de la democracia, el concepto de partido ha sido y es objeto de reflexiones teóricas que remiten, en última instancia, a disputas ideológicas las cuales, a su vez, se encuentran trenzadas a la luchas por el poder.

Esta secuencia colocación real del concepto en el terreno del conflicto político sugiere que, más que rastrear la historia de sus definiciones abstractas en las publicaciones de corte académico que -desde la segunda mitad del siglo XX- trataron de sintetizar y ordenar las dimensiones teóricas y delimitar el alcance conceptual, puede resultar mucho más esclarecedor explorar la historia de las definiciones históricas, es decir las formas concretas que surgieron a lo largo de los principales procesos políticos del siglo, construcciones partidarias surgidas y pensadas como instrumentos de poder, como herramientas para la conservación o la transformación del orden existente.

Un ejercicio de interpretación histórica –que trate de combinar las experiencias latinoamericanas y europeas- permitirá reconocer un perímetro problemático mucho más amplio del que aparecería si circunscribiéramos el análisis al universo del debate académico actual, el cual sigue encerrado al interior de las coordenadas teóricas elaboradas por escuelas de pensamiento de matriz neoliberal. Al mismo tiempo, y con particular intensidad en América Latina, hace por lo menos una década, se perciben señales de un cambio de época que pasa por la impugnación y relativa superación de los paradigmas instaurados por el neoliberalismo. Sin embargo, el impacto de este pasaje histórico no se ha trasladado con la misma intensidad al terreno de las ciencias sociales, donde persisten inercias teóricas propias de lo viejo que no acaba de morir más que las aperturas inspiradas en lo nuevo que no acaba de nacer. Este desfase entre realidad y pensamiento es particularmente notable al interior de disciplinas como la ciencia política cuya agenda y cuyos postulados fueron totalmente colonizados por el liberalismo en las últimas décadas. No deja de ser sintomático que, justamente sobre la problemática de los partidos, el abordaje sistémico, funcionalista e institucionalista propio de la ciencia política haya eclipsado a la sociología y la historia y, con ellas, enfoques más relacionales, procesuales y conflictualistas.

En función de estas consideraciones, en lugar de presentar un balance del consenso general y los

¹ Profesor de la FCPyS de la UNAM y de la UACM, de la cual fue fundador y, entre 2003 y 2005, Coordinador del Colegio de Humanidades y Ciencias Sociales. Autor de libros, ensayos y artículos sobre movimientos políticos en América Latina y Europa. Su libro más reciente es *El PRD*, Nostra Ediciones, México, 2008. Actualmente es co-coordinador del Equipo de seguimiento del conflicto en México del Observatorio Social de América Latina (OSAL) del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y miembro del equipo de redacción de la revista *OSAL*. Desde 1999 es miembro del Comité de Redacción de la revista *Memoria* del CEMOS.

disensos parciales al interior del liberalismo –en muchos aspectos desfasado respecto a los procesos en curso- sobre la forma y las funciones de los partidos, es pertinente avanzar hacia una problematización del debate en curso iniciando por un recorrido histórico que arroje un panorama más diversificado de las perspectivas y las aristas del concepto de partido. No casualmente, aunque sea como campo hipotético, las problemáticas clásicas resurgen a la hora de la desconfiguración relativa de la hegemonía de la concepción procedimental de la democracia y del modelo de partido que le corresponde. Al abrirse, al calor de las luchas del presente, un horizonte de visibilidad política que rebasa el liberalismo, es necesario salir de las trampas epistemológicas propias de sistemas de pensamiento cerrados, históricamente determinados por los relatos, las interpretaciones y los modelos que sancionan el orden establecido.

Hacer una historia de los partidos es hacer una historia monográfica de la disputa política, de la lucha por el poder, de la dominación, la resistencia y la rebelión. A grandes rasgos, una hipótesis de periodización llevaría a reconocer que, desde inicio del siglo XX, la idea de partido surgida y consolidada en el liberalismo decimonónico fue desplazada por la trascendencia del movimiento socialista y de las configuraciones partidarias que brotaban de su seno. Su posterior derrota histórica, hacia finales de siglo, permitió que la perspectiva liberal volviera a ser dominante. En la primera década del nuevo siglo, el debate sobre el papel y la forma de los partidos vuelve a abrirse en correspondencia con un pasaje de época, una transición histórica en la cual la paulatina decadencia de los paradigmas neoliberales no coincide con el surgimiento de alternativas ideológicas potencialmente hegemónicas. En sintonía con una relativa dispersión del pensamiento antisistémico, el perímetro del debate teórico y político sobre los partidos puede visualizarse entre la línea de recuperación de las experiencias y las reflexiones surgidas en el seno de los grandes proyectos históricos del pasado, por una parte, y la línea de búsqueda de renovaciones que les permitan estar a la altura de los desafíos del presente, por la otra. Al mismo tiempo, en la periferia de los intentos de repensar y replantear el papel de los partidos en el escenario político, desde la derecha como la izquierda, reaparece la idea de su superación y desaparición, sea por ser considerados obsoletos sea por ser vistos como una perversión o una contaminación del principio democrático de la participación.

En el principio fue el socialismo

El largo siglo XX –desde la Comuna de París hasta la disolución de la URSS- fue el siglo de los socialismos, es decir una época marcada por la emergencia y el desarrollo de un movimiento anticapitalista a partir de y frente al cual se configuró el escenario y toda estrategia política, tanto la de

los revolucionarios y los reformistas, como de los conservadores y los reaccionarios. Como sugería Mario Tronti: “Hemos visto también nosotros antes el desarrollo del capitalismo y después las luchas obreras. Es un error. Hay que invertir el problema, cambiar su sesgo, volver a partir del principio: y el principio es la lucha de la clase obrera.”

El desafío socialista fue el motor de la historia del siglo XX. De la lucha de la clase obrera europea surgió un principio organizativo que cristalizó en una idea de partido. El fantasma que ya recorría el mundo a mediados de siglo XIX, dejó su forma ectoplasmática hacia el inicio del siglo XX cuando el avance del marxismo y del movimiento obrero europeo cristalizaron el proyecto socialista en la forma del partido de masas. Este acontecimiento organizativo que potenciaba la amenaza de las “clases peligrosas” revolucionó las relaciones políticas al interior de las sociedades capitalistas. En efecto, la fórmula del partido de masas surgido del seno del movimiento obrero europeo mostró una correspondencia con las transformaciones sociales desde inicio del siglo XX que la erigieron en paradigma, al punto que fue adoptada, entre las décadas del 30 y la del 70, por la más diversas corrientes ideológicas: además de la socialdemocracia postbolchevique, el comunismo, el populismo en un sentido amplio, las versiones conservadoras o progresistas del liberalismo y el cristianismo social.

A diferencia de los partidos de élites, de comités de notables que encarnaban el ascenso de la burguesía y posteriormente las disputas y los acuerdos entre las fracciones en su seno, la construcción de un contrapeso desde abajo, desde el peso cuantitativo de los sectores populares, se orientó hacia la configuración un contrapoder antisistémico que se asentaba en la organización de masas, obreras en primera instancia, tendencial y potencialmente populares. El desarrollo del modelo de *partido de masas* cuya expresión más alta fue la socialdemocracia alemana entre finales de siglo XIX y la primera guerra mundial mostró la enorme construcción de poder que significaba el crecimiento de la figura del partido como reflejo de la acumulación de fuerzas sociales a partir de la politización sistemática de la vida sindical, de la educación política de masas. Un partido que se pensaba como una “sociedad paralela” - como prefiguración del porvenir emancipado- a partir de la articulación y la autonomía de la clase, demostraba eficacia como contrapeso en el conflicto capital-trabajo y como factor de incidencia real en la política nacional. El partido de masas era concebido como la expresión política de un agrupamiento social surgido de condiciones e intereses económicos compartidos y como portador de un proyecto y una voluntad hegemónicas, tanto en el plano político como cultural. Al igual, pero con mucha mayor fuerza que en el liberalismo, el partido de masas era el resultado de una articulación de dimensiones características y distintivas: una organización, una identidad, un discurso, un proyecto, una serie de prácticas políticas. El partido socialista, siendo el instrumento de los explotados en la lucha por su

emancipación, era un desafío y -al mismo tiempo- un modelo que surgía como correlato político de las sociedades de masas, emergía del mismo terreno del conflicto socio-político que las caracterizaba, como su representación política específica.

Sin embargo, junto a las ventajas estratégicas, el crecimiento del peso cuantitativo del partido comportaba una serie de problemas en su performatividad cualitativa. La hipertrofia del papel del partido respecto al movimiento de la clase y, en su seno, del aparato dirigente tendía a convertirlo en el sujeto por excelencia, portador de la conciencia y de la “línea” y gestor de las relaciones internas y externas. Estos aspectos fueron analizados, a través de un estudio de la experiencia paradigmática de la socialdemocracia alemana, por Roberto Michels quien, en su libro clásico de 1910, desnudó las prácticas burocráticas y denunció el surgimiento de una oligarquía partidaria, que identificaba a la par de una clase surgida de la división del trabajo al interior del partido. Sentenciaba Michels: “Reducida su expresión más sintética, la ley sociológica fundamental que rige ineluctablemente a los partidos políticos puede ser formulada así: la organización es la fuente de la que nace la dominación de los electos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandantes, de los delegados sobre los que delegan: Quien dice organización, dice oligarquía”.

Simultáneamente, como contraparte de la consolidación de las burocracias, legitimadas por los logros obtenidos mediante la presión institucional, la socialdemocracia europea se volvía paulatinamente más conservadora, integrada al sistema capitalista y a la sociedad burguesa, perdiendo sus rasgos antagonistas y antisistémicos. Un punto de inflexión en este sentido fue, sin duda, el oportunismo patriótico de los socialdemócratas europeos en ocasión de la primera guerra mundial y, en paralelo, la sorpresiva irrupción histórica de la revolución bolchevique, a contracorriente de la socialdemocracia. Este último acontecimiento mostró no sólo que, al contrario de lo que sostenían la mayoría de los socialdemócratas, la revolución estaba a la orden del día sino que, además, podía realizarse sin un pleno desarrollo del capitalismo y de una clase obrera poderosa y que, para terminar, podía ser encabezada por un partido de vanguardia y no requería de un partido de masas. La eficacia revolucionaria de los bolcheviques se basaba en una forma de organización centrada en un restringido y disciplinado cuerpo de revolucionarios profesionales, los cuales desplegaban su influencia de masas, aprovechando y construyendo coyunturas críticas. Se tratada de una forma-partido más ágil y más compacta, apta para la “guerra de movimiento”, estratégicamente incrustada en la clase obrera y capaz de encabezar y orientar la insurrección, de dirigir y concientizar a las masas. La verificación histórica de su eficacia en el octubre rojo transformó a la experiencia bolchevique en un nuevo modelo de partido revolucionario contrapuesto al reformismo y la burocratización de los partidos

socialdemócratas.

El debate sobre el partido en el marxismo de la época era particularmente rico. Además de las posturas socialdemócratas y bolcheviques existían perspectivas que defendían la importancia del movimiento y de la clase por encima de los aparatos. Rosa Luxemburgo, por ejemplo, apostaba a una relación dinámica entre partido y movimiento, enfatizando el valor de la espontaneidad y defendiendo la democracia interna frente a la militarización de la vida partidaria. En polémica con el modelo avanzado por Lenin, daba una definición más abierta del partido: «La socialdemocracia no está ligada a la organización de la clase obrera, es el movimiento propio de la clase obrera». Esta postura se desplegó posteriormente en la corriente marxista de los consejos la cual apostaba a la difusión del partido en las prácticas de masas más que en la cristalización organizativa de la vanguardia. El propio Lev Trotsky osciló entre una inicial postura movimientista y una definitiva y plena adhesión a la fórmula del partido leninista. Sin embargo, en años posteriores, el trotskismo inventó una fórmula original de doble militancia política, el entrismo, como antídoto al sectarismo vanguardista que caracterizaba a los pequeños núcleos revolucionarios en época de reflujo, combinando la participación en los partidos y sindicatos de masas con la lucha antireformista en su seno en la perspectiva de la construcción de una vanguardia revolucionaria.

Los críticos pusieron de relieve los puntos débiles del modelo bolchevique: una estructura rígida que no se conciliaba con el pluralismo interno y una tendencia al sectarismo y a excesos voluntaristas en ausencia de circunstancias favorables para la insurrección como se reveló en los fracasos de los intentos revolucionarios del 1919-20 en Europa. Mientras tanto, a pesar de las escisiones a su izquierda y de su corrimiento hacia el centro, la socialdemocracia mantenía una sólida presencia social y política, en particular en el mundo sindical.

Logrando una síntesis creativa de las distintas tendencias, Antonio Gramsci reflexionó desde la cárcel sobre la construcción de una hegemonía en la sociedad civil, la necesidad de una guerra de posiciones que soportara el “asalto al cielo” y un partido pensado como proceso educativo, como intelectual colectivo, instancia de realización de la toma de conciencia, de la formación de la clase *para sí* que permitiera que la revolución no fuera un simple *putsch* político inevitablemente efímero sino que la conquista del poder estatal contara con una sólida base de poder político, social y cultural acumulada en el tiempo. El asalto al cielo requería, según Gramsci, de una retaguardia terrenal. La experiencia de la revolución china, aún con sus especificidades históricas y teóricas, confirmó la validez de un principio de acumulación de fuerzas que posibilitara la irrupción revolucionaria. Esta perspectiva que rescataba, desde la óptica comunista, la idea del partido de masas de origen socialdemócrata fue

retomada en el segundo posguerra, cuando la guerra fría y la consolidación del fordismo y del Estado de bienestar congelaron el movimiento comunista occidental. Este se mantuvo como contrapoder estable sólo en Italia y Francia, dos países en los cuales la legitimidad conquistada en la resistencia antifascista permitió a los partidos comunistas construir, desde un fuerte arraigo sindical, una presencia significativa de fuerzas populares como un contrapeso político que, a lo largo de los años, se transformó en una alteridad integrada en el seno de la democracia en estos países. Con menores éxitos y con mayores vicios, los comunistas latinoamericanos ligados a Moscú trataban de reproducir este esquema. Mientras tanto, en los países del llamado socialismo real se había consolidado la concepción staliniana del partido-estado burocrático.

En América Latina, la reflexión marxista sobre el partido auspició, entre finales de siglo XIX, varios intentos de formación de partidos de masas en los reducidos pero significativos centros obreros y, en los años 20, la proliferación de escisiones bolcheviques adheridas a la III Internacional. Sin embargo, estas experiencias de organización no pudieron realmente levantar una alternativa y, a duras penas, lograron ser un contrapeso a la dominación oligárquica de inspiración liberal que caracterizaba la región. En este contexto, el marxismo latinoamericano, salvo contadas excepciones aisladas, se forjó a partir de la recepción y adaptación de las teorizaciones sobre el partido proletario más que de la creación y adecuación requerida por las circunstancias específicas. Los partidos marxistas, que se quisieran de masas o que fueran de vanguardias, raras veces rebasaban el papel testimonial o resistencial.

Las luchas de liberación nacional de la segunda mitad del siglo agregaron a las cuestiones de las relaciones partido-clase y partido-movimiento, la articulación/tensión entre partido-ejército. Después de la experiencia china de guerra popular prolongada, la revolución cubana fue el acontecimiento que trastocó las concepciones marxistas del partido en América Latina. La victoria de la guerrilla encabezada por Fidel Castro podía leerse como la combinación del relámpago insurreccional leninista con la idea maoísta –y después vietnamita- a una escala más reducida, centrada en el ejemplo heroico y en el efecto de contagio -el foco- más que en la prolongada conquista de territorios y de paulatino crecimiento cuantitativo. Priorizando el factor subjetivo de la voluntad, la teorización de la experiencia cubana antepone la idea de partido como vanguardia armada que forzaba el salto revolucionario a la del partido como construcción antagonista al interior de las relaciones capitalistas. Al mismo tiempo, la experiencia cubana confirmaba que, en última instancia, una vez triunfada la revolución, el instrumento por excelencia volvía a ser el partido de masas en la medida en que garantizaba el simultáneo desarrollo de la organización, la conciencia y la disciplina necesaria para las delicadas tareas de la

construcción del socialismo en contextos de hostigamiento por parte de las fuerzas contrarrevolucionarias internas y extranjeras.

Por último, siempre en América Latina, la experiencia chilena de la Unidad Popular encabezada por Salvador Allende planteó otra posibilidad de estructura partidaria: el movimiento convergente y articulado de una pluralidad de organizaciones socialistas. La fórmula del frente popular que en Chile, igual que en Francia y España, había prosperado en los años 30 en clave antifascista fue adoptada no sólo como modalidad defensiva sino como esquema organizativo para la conquista del poder y la transición al socialismo. Depurado de sus elementos burgueses, el frente único integrado por distintas organizaciones revolucionarias en Chile, aún en su especificidad nacional, constituía un enriquecimiento teórico en la medida en que reconocía el pluralismo y el debate socialista como una virtud irrenunciable, aún frente a las ventajas que ofrecía el disciplinamiento al interior de un partido único. Si bien el desenlace del golpe de 1973 parece invalidar el potencial concreto de esta apuesta, la experiencia chilena dejó como saldo la idea de partido entendido como movimiento de los trabajadores al interior del cual cristalizaban formas organizativas que expresaban matices ideológicos y distintas modalidades de convivencia política sin afectar la unidad de acción al interior de las organizaciones sociales. Aún cuando la historia de UP no está exenta de los vicios propios de toda alianza política, la idea de partido-movimiento como unificación pluralista del sujeto antagonista que impulsó queda como una extraordinaria –y poco estudiada en este sentido- contribución al pensamiento marxista sobre el partido político.

Más allá de concepciones y prácticas diferentes que florecieron a lo largo del siglo y a lo ancho del mundo, el conjunto del movimiento socialista fue portador de una idea de la política y de la democracia como conflicto, como organización, participación e irrupción de masas, y planteó la cuestión del partido como el instrumento político que encarnara y llevara adelante el desafío antisistémico que hizo temblar el orden capitalista hasta los años 70.

Desde un ángulo teórico, todas estas concepciones de partido pueden enmarcarse en una triada problemática que constituye el meollo de la herencia de un siglo de prácticas socialistas y de reflexiones marxistas. Siendo el partido un instrumento, tiene que expresar las distintas formas de ejercicio del poder de las subjetividades que lo forjaron en los diversos momentos que viven: ser un instrumento de autonomía entendida como diferenciación e independencia respecto a las clases y la ideología dominante; un instrumento de la subalternidad como capacidad de resistencia y negociación al interior de las relaciones de dominación; un instrumento del antagonismo como recurso a la lucha en la disputa por el poder; nuevamente un instrumento de la autonomía en la medida en que permite la

conquista de márgenes o espacios de emancipación y, en perspectiva, la liberación integral. La articulación de estas dimensiones sigue siendo el nudo problemático en función del cual se juega la vigencia o la caducidad de la idea de partido antisistémico en la actualidad.

Intermedio: la mediación populista

Un producto directamente derivado de la emergencia del socialismo como fenómeno de masas fueron los movimientos nacional-populares o populistas.

El modelo de los partidos liberales, formados por comités de notables en el contexto del pluralismo oligárquico, se demostró rápidamente inadecuado para contener tanto el desafío de la organización de masas de corte socialista como para contener la influencia subversiva de la propaganda de los partidos leninistas. El nuevo contexto socio-político, surgido de las transformaciones estructurales del desarrollo capitalista en las primeras décadas del siglo, requería de nuevos instrumentos de dominación y hegemonía. La reconfiguración de la relación Estado-mercado-sociedad no podía ser operada sin la mediación de instancias de organización socio-política.

Un primer intento de ajuste en esta dirección se realizó por medio de la fusión en un gran partido liberal-conservador de las clases dominantes, las cuales superaban sus diferencias en nombre de un miedo común hacia las clases peligrosas y en función del nuevo clivaje ideológico impuesto por la emergencia del socialismo. Los partidos liberal-conservadores, a partir de combinaciones diversas de progresismo y conservadurismo, tenían como propósito fundamental estar a la altura del desafío socialista no sólo en el plano electoral a la hora de la ampliación del sufragio, sino también en el terreno del reclutamiento, el encuadramiento y el indocinamiento de sectores medios y bajos que tendencialmente escapaba de sus manos por los fenómenos de organización sindical y partidaria que brotaban a la par de las ideas socialistas. En este sentido, la reacción conservadora desconfiguraba la forma liberal de partido de parlamentarios y administradores públicos para defender el contenido liberal del capitalismo en el contexto de sociedades caracterizadas por fenómenos de organización y movilización de masas y, en particular, frente a la crisis capitalista de 29 y sus secuelas. Con el pasar del tiempo, conforme se polarizaban las sociedades capitalistas, inclusive los partidos del liberalismo progresista, generalmente denominados radicales, fueron desmembrados y asimilados a al polo conservador o al transformador.

Por otra parte, otra solución de prevención contrarrevolucionaria fue ofrecida por la gran novedad ideológica surgida de la crisis del liberalismo como alternativa a la avanzada del socialismo: las doctrinas nacional-populares o populistas. Tanto en su versión católica como laica, conservadora o

progresista, rural o urbana, los movimientos de esta naturaleza resultaban de una apuesta hacia el centro de las sociedades polarizadas, encarnado por las clases medias, aunque –para fines hegemónicos y como expresión de una lógica de equilibrio y conciliación- aspiraran a tener bases populares y forjaran alianzas con fracciones de las élites. Combinando el liberalismo con la idea de justicia social y condimentando el discurso con conceptos y enfoques socialistas, los partidos populares pretendieron competir con el socialismo en el terreno de la organización de las masas tanto sindical como partidaria y, allá donde no existía un importante movimiento socialista, anticipar y prevenir su nacimiento. Para este fin adoptaron el modelo del partido de masas y de las bases sindicales o corporativas.

Sin embargo, más allá de la dimensión cuantitativa y de sus rasgos generales, el partido populista difería cualitativamente de la experiencia socialista en la medida en que promovía, como principio fundamental de organización, la integración de los diferentes sectores sociales y no su separación clasista. En el seno de estos partidos se establecía un primer nivel de conciliación de clases que, en otro plano, era realizado a nivel estatal, a través de la acción gubernamental. A través de la representación y negociación corporativa, el partido populista sostenía la convivencia orgánica, bajo el manto del nacionalismo, de clases que el socialismo veía irremediamente antagónicas. Otro dispositivo que caracterizaba y caracteriza esta forma partidaria era y es la figura del caudillo, del líder carismático cuyo papel respondía a la capacidad de convocar, movilizar y desmovilizar en función de las creencias en sus cualidades de conducción. Por otra parte, el dispositivo carismático operaba en relación con la despolitización que implicaba la subordinación y la delegación a un individuo que permitía un mayor margen de maniobra en términos de ambigüedad política formulada a través de discursos y prácticas oscilantes que correspondían a una composición social heterogénea y un proyecto ambiguo.

Esta modalidad mediadora –que los socialistas tachaban de manipuladora y demagógica- que combinaba organización de masas y dirección autoritaria resultó adecuada a diversos proyectos ideológicos que pretendían neutralizar la avanzada del socialismo a través de concesiones, de un equilibramiento del capitalismo, aunque en el fondo se trataba de asegurar, keynesianamente, una ampliación de los mercados y de la demanda para sostener el crecimiento de la producción y la oferta. Entre paternalismo carismático y maternalismo patriótico, los partidos populistas no cuestionaban la división y estructuración clasista de la sociedad así como el principio de la propiedad privada de los medios de producción, salvo el recurso a la intervención estatal en defensa de la estabilidad económica y como garantía y plataforma para la realización de la ganancia como, por ejemplo, a partir de obras públicas de infraestructura, subvenciones e incentivos fiscales para las inversiones. Por otra parte, el nacionalismo ofrecía una alternativa identitaria para cohesionar a las masas al margen de las divisiones

clasistas. Mientras en Europa el nacionalismo exacerbado se tradujo en guerras interestatales, en América Latina tomaba tintes antimperialistas o se convertía en simples rituales de afirmación identitaria. En el fondo, se trataba de un proyecto capitalista de masas, enropado en el nacionalismo y que, por razones de eficacia, utilizaba herramientas socialistas de organización y propaganda.

Más allá de sus rasgos generales, las realizaciones concretas de las experiencias nacional-populares o populistas en la historia tuvieron rasgos tendencialmente diferentes en Europa y en América Latina. Si en Europa la presencia significativa de movimientos socialistas hizo que las modalidades nacional-populares tuviesen un objetivo claramente conservador que frenara las aspiraciones revolucionarias o reformistas radicales, en América Latina el populismo trató de preceder la gestación de movimientos clasistas o de substituirlos, anteponiendo una connotación popular que diluyera su radicalidad, asumiendo el papel histórico de la transformación, es decir jugando en primera instancia un papel progresista y sólo posteriormente asentándose en un punto intermedio conservador.

La emulación del partido de masas en versiones reformistas, transformistas, conservadoras o reaccionarias convertía, a mediano plazo, la virtud de la organización popular en clientelismo y control social. Su proliferación en el marco de los sistemas electorales tendía a conformar sistemas de circulación de élites en el poder por medio de una doble legitimación, interna como expresión partidaria, externa como validación electoral, que llevó, con el tiempo, a consolidar un modalidad de dominación partidocrática, una forma específica de la democracia occidental al interior de la cual se realizaba, según los casos, una mayor o menor conciliación entre intereses sociales y cosmovisiones políticas.

Al final llegó la restauración liberal

La época de los partidos de masas –de todo tipo y color- terminó su ciclo histórico hacia finales de siglo. El paradigma del partido de masas o para la movilización de masas se fue desdibujando con la derrota de los movimientos populares en los años 70 y con la posterior reestructuración capitalista de los años 80 y, finalmente, con el derrumbe del imperio soviético que cerraba simbólicamente el ciclo de las alternativas al capitalismo liberal. Resurgió, en este contexto favorable, un modelo liberal decimonónico *aggiornato*, volviéndose rápidamente hegemónico a la par de los valores conservadores que eran propagados por una restauración que, como todo proyecto reaccionario, se presentaba a sí misma como una revolución para embellecerse con atuendos que evocaban la transformación y la novedad.

El lema del fin de la historia, más allá de las intenciones de su autor, Francis Fukuyama, al decretar

la muerte del conflicto, comportaba una apuesta hacia la redefinición de la idea de partido político, una recuperación del liberalismo entre maquillaje y adaptación. En efecto, el triunfo del liberalismo renovado asentó como pilar hegemónico a nivel sistémico la aceptación del principio de unipolaridad multipartidista –es decir un pluralismo acotado al marco de un orden socio-económico fincado en el libre mercado. El abanico político reconocido y legimitado se restringió entonces a simples variantes del liberalismo: liberal-democratismo, liberal-conservadurismo, neoliberalismo y social-liberalismo (la izquierda leal, paradójicamente llamada “moderna”). En resonancia con esta configuración restringida del espectro partidario, la implementación de la institucionalidad democrática resultó acotada por dos dispositivos de control: por un parte, la delegación vía electoral como único mecanismo de construcción de una clase política subdividida internamente para expresar la posibilidad de la alternancia y simular la existencia de alternativas; por la otra, la selección tecnocrática como simulación de imparcialidad científica que permitiera, más allá del juego político electoral, sostener la ocupación de la administración pública en función de la continuidad y la estabilidad sistémica.

En este sentido, el modelo de partido político –más allá de la relativa variación de programas y referencias ideológicas- se traducía, a nivel abstracto, en una serie de funciones que pueden resumirse en el siguiente listado:

- Reclutamiento y formación de profesionales de la política en función de la ocupación de espacios de representación popular.

- Selección y promoción de técnicos y administradores, preferiblemente bajo el manto purificador de la llamada sociedad civil, en función de la instrumentación de políticas públicas.

- Armado de un programa y un discurso publicitario (*marketing*) en función de campañas electorales concebidas como competencia mercantil entre diversas interpretaciones o variantes del modelo de libre mercado y de la democracia delegativa-electoral.

- Elaboración de diferenciadores simbólicos superficiales en los límites de la “igualdad” ciudadana que permita camuflar la diferenciación de niveles de ingreso y sostener la transversalidad social de partidos “atrápalo todo”.

- Disciplinamiento mínimo de sus integrantes en función de la cohesión y la coherencia y necesaria, aunque ampliara su margen de maniobra en dirección de una democracia de los electos.

- Establecimiento de canales de transmisión social diferenciados: relación orgánica directa con grupos de presión, relación inorgánica difusa con la ciudadanía por medio de sondeos de opinión y de campañas de imagen.

- Edificación de un sistema de alianzas con grupos de poder económico en función del

financiamiento –legal e ilegal- y de la visibilidad mediática del partido y sus integrantes.

Al mismo tiempo, aceptando estas coordenadas, la teoría política, reforzada epistemológicamente como “ciencia” política (un paradójico retorno positivista en tiempos posmodernos) en el marco del acuerdo ideológico neoliberal, no dejó de sazonar este esquema empresarial con preocupaciones abstractas en relación con el tema de la representación y de la ciudadanía, tratando de perfeccionar el instituto de la delegación a partir de la instauración y potenciamiento de mecanismos de transparencia e información que enaltecieran un rol aparentemente activo del electorado por medio de instrumentos de control y sanción del sistema de partidos. En paralelo, el centro del debate teórico se desplazó de la conformación interna de los partidos como instancias participativas a la configuración de los sistemas de partidos como ámbitos que conciliaran la representación plural con la gobernabilidad. Esta última temática se volvió paulatinamente el corazón polémico del debate liberal en la medida en que la pérdida de legitimidad del paradigma electoralista se fue haciendo evidente –como lo atestiguaron sondeos de opinión y un creciente abstencionismo electoral. Asumiendo la eficacia como condición para la continuidad sistémica, la ingeniería institucional se centró en la búsqueda de hipótesis de reformas de los sistemas electorales y de las formas de gobiernos, orientándose hacia una simplificación y un fortalecimiento del bipolarismo partidario y el presidencialismo como soluciones que garantizaran la solidez gubernamental y acotaran las oscilaciones e incertidumbre propias de modelos democráticos. A contracorriente de sus fundamentos ideológicos, pero conforme con su tradición histórica, el liberalismo se perfeccionó acotando el parlamentarismo y el pluralismo partidario. Al desvanecerse el aura hegemónica, aparecieron las evidencias de la dominación.

El discurso dominante, tanto académico como político, propagó una concepción fincada en la idea que los partidos son las expresiones legítimas del pluralismo institucional y que, por su medio, se realiza la democracia, sintetizada en el juego electoral. Como consecuencia, los pesos específicos de los partidos se volvieron a ponderar. Hacia la sociedad el partido fue aligerando, se hizo ciudadano y electoralista, la ciudadanía se confundió con la opinión pública y ésta con los sondeos mientras las elecciones se confundían con la democracia. Al mismo tiempo, hacia el Estado el peso de los partidos se mantuvo en la ocupación y manejo de las instituciones públicas, asumiendo a la gobernabilidad como único criterio de eficacia política.

A diferencia de Europa, en América Latina este modelo abstracto y sus variaciones concretas tuvieron la ventaja de presentarse como novedad absoluta y como solución definitiva a las tradiciones autoritarias de larga duración y al pasado reciente de militarización que incluía versiones dictatoriales en el Cono Sur o de control social consensual-coercitivo como en México. Al mismo tiempo, esta

legitimidad inicial se fue desmoronando con mayor velocidad en la medida en que la polarización social histórica latinoamericana fue agudizándose aún más a partir de las reformas neoliberales, lo cual ahondó el desfase entre una representación política convergente y una divergencia creciente en la distribución de la riqueza. La simulación ciudadana fue desenmascarada por la persistencia de las problemáticas clasistas.

Entre ayer, hoy y mañana

En efecto, en este inicio de siglo, en América Latina más que en Europa, el resurgimiento del conflicto y la protesta social volvió a poner a la orden del día la cuestión de la organización popular y abrió de nuevo el debate sobre las formas de la política y de la democracia. Con el fin de las ilusiones triunfalistas neoliberales entre la llamada crisis de la política –que no es otra cosa que la suma de la derrota del proyecto socialista y el posterior vaciamiento liberal- y la reactivación de fenómenos de movilización y politización, se agrietó el consenso sobre el paradigma liberal y resurgieron posturas críticas.

La sofisticación formalista de la ciencia política liberal que proliferó a lo largo de los años 80 y mediados de los 90 empezó a ser cuestionada a partir del creciente y preocupante desfase entre política y sociedad que resultó ser la contraparte de la despolitización de una política basada en la negación del conflicto social -y no en su neutralización a partir de su reconocimiento como en los esquemas socialdemócratas o populistas que proliferaron en el corazón del siglo XX, entre los años 30 y los años 70.

Al interior del liberalismo -incluyendo los herederos social-liberales de la antigua socialdemocracia-, sin cuestionar el enfoque institucionalista y electoralista, la reacción frente a la pérdida de legitimidad de las democracias occidentales se tradujo en una serie de posicionamientos. En primer lugar, como postura dominante, se observa un atrincheramiento institucional que se despliega en intentos de blindaje de los sistemas políticos que se asumen como irremediablemente o tendencialmente separados de la sociedad pero necesarios y legítimos en sí, como pilares de la gobernabilidad, condición para el pleno despliegue de la lógica del libre mercado. Esta postura defiende el papel de los partidos como instancias colectivas responsables del sistema en su calidad de instituciones públicas, es decir comprometidos en la conservación de un orden estatal. En segundo lugar, persiste un liberalismo ortodoxo que asume que los límites de la realidad son producto de una mala formulación del modelo o un desfase entre teoría y práctica. Esta postura se traduce en intentos –teóricos y políticos- de remediar acudiendo y profundizando las mismas prácticas liberales. En este

caso, la figura del partido tiende a diluirse como contenedor de candidaturas individuales que se relacionan directamente con los electores creando un vínculo de confianza interpersonal o como simple procesador de las tendencias de la opinión pública para convertirse en su caja de resonancia. En tercer lugar, existe una disidencia teórico-política heredera del radicalismo liberal, que pretende condimentar el sistema con modalidades participativas, de índole ciudadana, complementarias o alternativas a las funciones propias de los partidos.

Estas dos últimas posturas, llevadas al extremo, empujarían la tendencia a la disminución del peso de los partidos como actores colectivos en aras de potenciar a la lógica individualista propia del discurso ciudadano. En efecto, una vertiente extrema del liberalismo promueven, como solución a la crisis de la partidocracia, la desaparición de los partidos y el triunfo definitivo de una ciudadanización de la política. Al mismo tiempo, es evidente que el desdibujamiento de los partidos tendería a hacer todavía más permeable la política frente a los negocios, a fragmentar la representación colectiva permitiendo a las empresas el reclutamiento de candidatos para que los representen a través del *lobbying*. Simultáneamente, la idea de la desaparición de los partidos encuentra eco en corrientes de izquierda que, a partir de la crítica de la neoliberalización de la política, denuncia el carácter pernicioso de los partidos como instancias en donde la delegación se transforma en manipulación y privatización de los intereses sociales y, como alternativa, propone formas de democracia directa. El movimientismo autonomista radical, junto a cierto retorno del anarquismo, plantea la participación como conflicto y construcción de espacios liberados en contra y/o al margen de las relaciones de dominación. Otras corrientes surgidas del altermundismo y del mundo de las ONGs traducen el rechazo hacia los partidos en una idea de participación menos conflictual, oscilante entre la resistencia y la presión frente a los poderes públicos en aras de obtener concesiones y abrir instancias de negociación para introducir el principio de solidaridad como antídoto al egoísmo individualista.

En el fondo del debate sobre el papel de los partidos se vislumbran la tensión entre distintas concepciones de la democracia, entre la formación del consenso y la representación del conflicto. Esto se traduce a nivel de los partidos en su caracterización como instrumentos de orden y/o instrumento de lucha. Las dos variantes de un pensamiento único, neoliberalismo y social-liberismo atribuyen a los partidos las tareas de organizar la subalternidad y neutralizar sistemáticamente el conflicto. Por otra parte, a contracorriente pero en sintonía con las expresiones de malestar y de resistencia social, otras tradiciones resurgen de las luchas y de las subjetividades que en ellas se conforman.

Frente a la institucionalización sistémica de los partidos políticos y el paralelo debilitamiento de la izquierda partidaria, la reflexión marxista actual sobre el partido político regresa, de alguna manera, a

sus orígenes al plantearse nuevamente el problema de la gestación de formas organizativas de los movimientos de resistencia en aras de potenciar su politización, su capacidad de movilización y, de ser posible, orientar su radicalización. Este planteamiento de orden general, sin negar los aciertos de las formas históricas de los partidos inspirados en el marxismo y asimilando los vicios de las experiencias del pasado, asume la necesidad de la refundación de la forma partido de cara a los desafíos contemporáneos.

Concebir el partido como instrumento y no como fin implica retomar un principio genealógico: el partido como cristalización de la emergencia de una subjetividad política. Tanto Marx como Engels, en su llamado a la organización política de los proletarios, nunca confundieron la mayúscula con la minúscula es decir la organización como proceso y como movimiento de la Organización como aparato. En este sentido, no dejan lugar a duda la distinción de Engels entre “partido efímero” y “partido histórico” o la frase contundente de Marx sobre el hecho que la Liga de los Comunistas “fue sólo un episodio en la historia del partido que surge en todas partes y muy naturalmente del suelo de la sociedad moderna”. El partido es entonces sinónimo de movimiento organizado, como lo planteaba Rosa Luxemburgo, una construcción histórica que resulta ser una expresión permanente de la lucha más allá de los quiebres de la política, entre las coyunturas críticas y las estabilizaciones, de las desestructuraciones y reestructuraciones organizativas, de los vaivenes de las oportunidades y las necesidades de formas defensivas u ofensivas.

A contrapelo de las inercias del pensamiento académico surgido de la normalización neoliberal, las perspectivas críticas abrevan de las movilizaciones que, en tiempos recientes, muestran como la politización sigue siendo un vector de conformación de identidades colectivas en las cuales la convergencia en el terreno político antisistémico no niega forzosamente las diferencias sociales y culturales. Si la reflexión crítica no detecta la emergencia de un nuevo paradigma, más allá de los discutibles intentos de sistematización –como por ejemplo el concepto de multitud avanzado por Toni Negri-, no se trata de un indicio de debilidad teórica, sino simplemente de un pasaje teórico que corresponde a un cambio de época. Sumergidos en la transición entre lo viejo que no acaba de morir y lo nuevo que no termina de nacer, como sugería Gramsci, no es posible prever desenlaces sino simplemente prever el conflicto. Y, en la historia, a toda configuración conflictual correspondió una forma política específica surgida de la combinación entre la tradición y la innovación. Así que a los antagonismos que, viniendo del pasado, se forjan en el presente y se proyectan hacia el futuro corresponderá una forma histórica de partido, que se llame o no con este nombre.

Guía de lectura: 10 libros indispensables

Además del estudio pionero de Roberto Michels de 1910, (Los partidos políticos, dos tomos, Amorrortu, 2003) centrado en el caso de la socialdemocracia alemana, el debate politológico clásico sobre partidos políticos arranca con la obra de Maurice Duverger (Les partis politiques, 1951), la cual distingue las dimensiones fundamentales para el estudio y establece una serie de tipologías que hicieron escuela. Recomendamos además una extensa compilación que retoma gran parte del debate clásico: Lenk, Kurt y Franz Neumann, Teoría y sociología críticas de los partidos políticos, Anagrama, Barcelona, 1980.

En tiempos menos distantes, la ciencia política italiana, además de la obra de Norberto Bobbio, produjo aportaciones destacadas que hoy se consideran clásicas e indispensables para todo estudio sobre el tema: Angelo Panebianco, Modelos de partido, Alianza, 1982; y Giovanni Sartori, Partidos y sistemas de partidos, Alianza, 1992. Sartori sigue siendo, hoy en día, el autor más reconocido sobre la problemática de los partidos y los sistemas políticos.

La vertiente marxista en la medida en que rehuyó la especialización disciplinaria se presenta más difusa en cuanto a obras de corte académico. Sin embargo, vale la pena señalar la obra de Antonio Gramsci (Cuadernos de la Cárcel, ERA, 1999-2003), un conjunto de textos que no sólo avanzan una reflexión original que tendrá mucha influencia en las teorizaciones sobre los partidos sino que, además, constituye una contribución extraordinaria a la teoría política en general. Por otra parte, el pensamiento marxista sobre el partido político puede revisarse en la breve síntesis de Ernest Mandel (La teoría leninista de la organización, ERA, 1971) y, para una panorámica sobre el debate, los tres tomos de Teoría marxista del partido político, Cuadernos de Pasado y Presente, publicado entre 1975 y 1979.

Para acercarse a la problemática latinoamericana, recomendamos la obra histórica de Torcuato S. Di Tella, Historia de los partidos políticos en América Latina, Siglo XX, FCE, 1993 que permite situar los principales procesos y las configuraciones concretas que surgieron en la región. Por otra parte, para conocer los debates politológicos actuales sugerimos la lectura de Manuel Alcántara Sáez, Partidos políticos latinoamericanos. ¿Instituciones o máquinas ideológicas? Gernika, Barcelona, 2004.